

El libro de las cosas nunca vistas, Michel Faber

(Barcelona, Círculo de Lectores, 2016)

- Bueno –comenzó a hablar Peter–. Cuéntame lo que sepas.

- ¿Sobre qué? –Su actitud relajada desapareció en el acto.

- Sobre las personas que vamos a ver.

- No son personas.

- Bueno... -respiró hondo–. Una sugerencia, Grainger: ¿qué tal si decidimos usar la palabra «personas» en el sentido amplio de «seres»? Por supuesto, podríamos usar «criatura», pero da algunos problemas, ¿no te parece? Es decir, a mí, personalmente, me encantaría usar «criatura» si pudiéramos recuperar el original latino: *creatura*, «cosa creada». Porque todos somos cosas creadas, ¿no? Pero esa palabra ha sufrido una especie de declive a lo largo de los siglos. Hasta el punto de que «criatura», para la mayoría de la gente, significa «monstruo», o como mínimo «animal». Lo que me recuerda: ¿no estaría bien usar «animal» para todos los seres que respiran? Al fin y al cabo, la palabra griega *anima* significa «aliento» o «alma», que cubre bastante bien todo lo que buscamos, ¿no?

El silencio se instaló en el habitáculo. Grainger seguía conduciendo con los ojos fijos en la luz de los faros, igual que antes. Al cabo de unos treinta segundos, que se hicieron bastante largos, dadas las circunstancias, dijo:

- Bueno, está claro que no eres uno de esos predicadores incultos y fanáticos de Hicksville.